

Capítulo 9

Noche del 20 al 21 de noviembre

Lisbeth se despertó atravesada en su enorme cama y se dio cuenta de que acababa de soñar con su padre. La sensación de que algo la amedrentaba la envolvió como un abrigo. Luego se acordó de la noche anterior y pensó que igual podía haber sido una reacción química de su cuerpo. Tenía una resaca de campeonato. Se levantó y, tambaleándose, se dirigió al gran cuarto de baño —el que tenía *jacuzzi*, mármol y todo ese lujo estúpido— con ganas de vomitar. Pero lo único que hizo fue dejarse caer en el suelo, donde se quedó sentada respirando con dificultad.

Al cabo de unos minutos se levantó y se miró al espejo, lo que tampoco le resultó particularmente agradable: tenía los ojos rojos como brasas. Acababan de dar las doce de la noche, así que no habría dormido más de un par de horas. Abrió un armario y sacó un vaso que llenó de agua. Pero en ese mismo instante se acordó de su sueño, y apretó tanto el vaso que lo rompió y se hizo un corte en la mano. La sangre empezó a caer al suelo. Maldijo su suerte mientras se daba cuenta de que le sería imposible volver a quedarse dormida.

¿Se pondría con el archivo cifrado que se había bajado el día anterior para intentar descifrarlo? No, no

tenía sentido; al menos en esas condiciones. Así que se envolvió la mano con una toalla, se acercó a su librería y cogió un nuevo estudio realizado por Julie Tammet, una física de Princeton que describía cómo colapsa una estrella grande y se transforma en agujero negro. Y con ese libro se tumbó en el sofá rojo que había junto a la ventana que daba a Slussen y a la bahía de Riddarfjärden.

Fue empezar a leer y sentirse algo mejor. Era cierto que la sangre de la toalla goteaba sobre las páginas del libro y que la cabeza le seguía doliendo, pero se sumergió cada vez más en la lectura, y de vez en cuando hacía anotaciones al margen. En realidad no descubrió nada nuevo: ella ya sabía que una estrella se mantiene con vida gracias a dos fuerzas contrapuestas: por un lado, la de las explosiones nucleares internas, que tienden a expandirla y, por otro, la de la gravedad, que la mantiene unida en su conjunto. Ella lo veía como un acto de equilibrio, un tira y afloja que durante mucho tiempo se mantiene igualado pero que al final, cuando el combustible nuclear se va agotando y la fuerza de las explosiones va decreciendo, acaba teniendo irremediablemente un solo ganador.

Tan pronto como la fuerza de la gravedad empieza a sacar ventaja, el cuerpo celeste se retrae como un globo que pierde aire y va disminuyendo su tamaño poco a poco. De ese modo, una estrella puede quedar reducida a nada y desaparecer por completo con una elegancia impresionante, reflejada en la fórmula

$$r_s = \frac{2GM}{c^2}$$

en la que la G representa la constante gravitatoria. Karl Schwarzschild ya describió, durante la Primera

Guerra Mundial, ese estado en el que una estrella se comprime tanto que ni siquiera la luz la puede abandonar; y en una situación así ya no hay vuelta atrás. Llegado a esa fase, el cuerpo celeste está condenado a caer. Cada uno de sus átomos es retraído hacia un punto singular donde el tiempo y el espacio se acaban y donde, posiblemente, se produzcan fenómenos aún más extraños, incidencias de pura irracionalidad en medio de un universo tan regido por sus leyes.

Esa singularidad —que, tal vez, más que un punto sea una especie de acontecimiento, una estación terminal de todas las leyes físicas conocidas— está rodeada por un horizonte de sucesos, y forma junto con éste un agujero negro. A Lisbeth le gustaban los agujeros negros. Sentía cierta afinidad con ellos.

Pese a eso, y al igual que Julie Tammet, su interés no se centraba primordialmente en los agujeros negros en sí, sino en el proceso que los crea y, sobre todo, en el hecho de que el colapso de las estrellas empiece en esa amplia y extendida parte del universo que solemos explicar con la teoría de la relatividad de Einstein y termine en ese mundo tan diminuto que obedece a los principios de la mecánica cuántica.

Lisbeth llevaba ya tiempo convencida de que con sólo describir ese proceso sería capaz de unir las dos lenguas incompatibles del universo: la física cuántica y la teoría de la relatividad. Pero eso, sin duda, se hallaba por encima de sus posibilidades, al igual que el descifrado de ese puñetero archivo. Irremediablemente, acabó volviendo a pensar en su padre.

Durante la infancia de Lisbeth, ese cerdo asqueroso había violado a su madre una y otra vez. Las violaciones continuaron hasta que su madre sufrió una serie de daños irreversibles y Lisbeth, a la edad de doce

años, se vengó con una fuerza terrible. En aquella época no tenía ni idea de que su padre era un espía que había desertado del servicio de inteligencia soviético, el GRU, ni tampoco de que había una sección especial dentro de la policía de seguridad sueca, la Säpo, llamada la Sección, que lo protegía a cualquier precio. Pero ella ya se había percatado de que un aire de misterio rodeaba a su padre, una oscuridad a la que nadie se podía aproximar o insinuar que siquiera existía. Un misterio que también incluía algo tan aparentemente nimio como su nombre.

En todas las cartas y envíos se ponía como destinatario a Karl Axel Bodin, y todos los que no eran de la familia debían llamarlo Karl. Pero en casa se sabía que ese nombre era falso, que su verdadero nombre era Zala, o, para ser más exactos, Alexander Zalachenko. Se trataba de un hombre que con muy pocos medios podía infundir un miedo atroz en la gente y que, sobre todo, estaba cubierto por un manto de invulnerabilidad. Así era, al menos, como lo veía Lisbeth.

Aunque por aquel entonces ella ignoraba aún el secreto de su padre, se dio cuenta de que éste podía hacer lo que le diera la gana y salir siempre bien parado. Ése era uno de los motivos por los que desprendía esa desagradable y arrogante actitud. Se trataba de una persona intocable por la vía normal, cosa de la que él era plenamente consciente. Los papás de otros niños podían ser denunciados ante los servicios sociales y la policía, pero Zala tenía unas fuerzas apoyándole que estaban por encima de todo eso, y lo que Lisbeth acababa de recordar en sueños era el día en el que encontró a su madre en el suelo, inconsciente, y decidió intentar, ella sola, neutralizar a su padre.

Era eso, y algún que otro recuerdo más, lo que constituía su auténtico agujero negro.

La alarma sonó a la 01.18 y Frans Balder se despertó sobresaltado. ¿Había alguien dentro de la casa? Sintió un terror inexplicable y estiró el brazo: August estaba a su lado. Como ya era habitual, el chico debía de haberse metido en la cama del padre, y ahora gemía inquieto, como si el aullido de la alarma se hubiese introducido en sus sueños. «Mi pequeño», pensó Frans. Luego se quedó de piedra. ¿Estaba oyendo pasos?

No, seguro que se los había imaginado; no se podía oír nada más que la alarma. Preocupado, miró por la ventana. El viento parecía haber arreciado como nunca. El agua del mar azotaba el embarcadero y la orilla. Los cristales temblaban y se combaban ligeramente. ¿Podrían las violentas ráfagas de viento de la tormenta haber activado la alarma? Quizá no fuera más que eso.

Sin embargo, tenía que comprobarlo, claro, y pedir ayuda si fuera necesario, y ver si esa vigilancia de la que se iba a encargar Gabriella Grane había llegado ya. Hacía horas que dos agentes de la policía de orden público estaban en camino. Qué ridículo. Siempre había algo que los retrasaba, ya fuera el mal tiempo, ya una serie de contraórdenes: «¡Venid a echarnos una mano!». Si no era por una cosa era por otra. Estaba de acuerdo con Gabriella: una desesperante incompetencia.

Pero ése era un tema del que debería ocuparse luego. Ahora tenía que llamar: August acababa de despertarse, o estaba a punto de hacerlo, y Frans debía actuar rápido, pues un August histérico que golpeará su cuerpo contra el cabecero de la cama era lo último que necesitaba en ese instante. Los tapones, se le ocu-

rrió, los viejos tapones verdes para los oídos que había comprado en el aeropuerto de Frankfurt.

Los sacó de la mesita de noche y los introdujo con sumo cuidado en los oídos de su hijo. Luego lo arropó y lo besó en la mejilla mientras le acariciaba los rebeldes rizos. A continuación se aseguró de que el cuello del pijama estuviera bien y de que la cabeza descansara sobre la almohada de forma cómoda. Resultaba incomprensible: Frans tenía miedo, y lo lógico sería que se diera prisa o, al menos, que sintiese que debía apresurarse.

Pese a ello, retrasó sus movimientos y se quedó ocupándose del niño. Quizá se tratara de un sentimentalismo surgido a raíz de ese crítico momento. O quizá quisiera postergar al máximo el encuentro con quienquiera que fuese el que le esperaba. Y entonces deseó haber tenido un arma. Aunque lo cierto era que no habría sabido cómo usarla.

Él era un maldito programador informático al que, de repente, en la vejez, le había invadido el instinto paternal, nada más. No debería haberse metido en ese lío. «¡Que Solifon y la NSA y todas las bandas criminales se vayan a la mierda!» Pero ahora le tocaba hacer de tripas corazón, así que se acercó hasta el recibidor con pasos sigilosos, inseguros y, antes de nada, antes incluso de echar un vistazo al camino, desconectó la alarma. El ruido había alterado todo su sistema nervioso, y en el silencio que siguió se quedó quieto, como paralizado, incapaz de acometer ninguna acción. De pronto sonó su móvil. Y, aunque se asustó, agradeció la distracción.

—¿Sí? —contestó.

—Buenas noches. Soy Jonas Anderberg y estoy de guardia en Milton Security. ¿Va todo bien?

—¿Qué? Eh... Sí... Bueno, creo que sí. Ha saltado la alarma.

—Sí, ya lo sé. Y según nuestras instrucciones, en un caso así usted debe bajar al cuarto especial que tiene en su sótano y cerrar la puerta con llave. ¿Se encuentra usted allí abajo?

—Sí —mintió.

—Bien, muy bien. ¿Sabe qué es lo que ha pasado?

—No. Me ha despertado la alarma. No sé qué la habrá activado. ¿No habrá sido la tormenta?

—No, no creo... Espere un segundo.

A Jonas Anderberg se le advirtió una falta de concentración en la voz.

—¿Qué pasa? —preguntó Frans nervioso.

—Parece que...

—Joder, suéltelo ya. Me está poniendo de los nervios.

—Perdón... Tranquilo, tranquilo... Estoy repasando las secuencias de las cámaras y parece ser que...

—¿Qué?

—Que alguien le ha hecho una visita. Un hombre, sí; bueno, luego lo podrá ver usted mismo. Un tipo bastante larguirucho con gafas oscuras y gorra ha estado husmeando por la finca. En dos ocasiones por lo que veo, aunque para poder darle algún otro dato tengo que estudiarlo con más detenimiento.

—¿Quién podrá ser?

—Bueno, mire, no es fácil decir nada concreto.

Jonas Anderberg pareció volver a estudiar las imágenes.

—Pero quizá... No, no lo sé... No, no debería sacar conclusiones tan precipitadas —continuó.

—Sí, por favor, hágalo. Necesito algo concreto. Aunque sea como pura terapia.

—De acuerdo. Lo que puedo decir es que hay al menos una circunstancia que es tranquilizadora.

—¿Y cuál es?

—Su forma de andar. Se mueve como un yonqui, como un chico que acabara de meterse un buen chute. Hay algo exageradamente afectado y rígido en su manera de moverse, lo que, por un lado, podría indicar que se trata de un drogata del montón, de un chorizo. Pero por el otro...

—¿Sí?

—Oculta su cara de un modo preocupantemente hábil. Y además...

Jonas se calló de nuevo.

—Siga.

—Espere.

—Me está poniendo de los nervios, ¿sabe?

—No es mi intención, pero me temo que...

Frans Balder se quedó helado: el ruido de un motor se aproximaba a su garaje.

—... que tiene visita.

—¿Y qué hago?

—Quédese donde está.

—De acuerdo —dijo Frans. Y se quedó, casi paralizado, en el sitio donde estaba, que era otro muy distinto al que Jonas Anderberg creía.

Cuando sonó el móvil, a la 01.58, Mikael Blomkvist todavía estaba despierto, pero como el teléfono se encontraba en el bolsillo de sus vaqueros, tirados en el suelo, no consiguió responder a tiempo. Además, se trataba de un número oculto, razón por la que soltó unas cuantas palabrotas antes de volver a meterse bajo las sábanas y cerrar los ojos.

Estaba decidido a no pasar otra noche en vela. Desde que Erika se había dormido, un poco antes de la medianoche, no había hecho más que dar vueltas en la cama pensando en su vida. La verdad era que, en general, no le había proporcionado mucha satisfacción, ni siquiera en lo tocante a su relación con Erika. La quería desde hacía décadas, sí, y nada parecía indicar que ella no sintiera lo mismo por él.

Pero ya no era tan fácil; quizá lo que le pasaba fuera que Mikael había empezado a sentir simpatía por Greger. Greger Beckman era artista y el marido de Erika, y se trataba de un hombre al que nadie podría tachar de envidioso o mezquino. Todo lo contrario: cuando Greger sospechó que Erika no soportaría perder a Mikael o que ni siquiera sería capaz de resistirse a acostarse con él de vez en cuando, no montó ninguna escena ni amenazó con largarse a China con su esposa. Llegó a un acuerdo con ella:

—Puedes estar con él con la condición de que siempre vuelvas a mí.

Y así lo hicieron.

Crearon una relación a tres bandas, una constelación poco convencional en la que Erika, las más de las veces, pasaba la noche en su casa de Saltsjöbaden con Greger, pero otras lo hacía con Mikael, en Bellmansgatan. Durante todos estos años, Mikael Blomkvist siempre había pensado que era una solución fantástica, una solución a la que deberían apuntarse más parejas de esas que vivían bajo la dictadura de la dualidad. Cada vez que Erika decía «Amo más a mi marido cuando también puedo estar contigo», o en cuanto Greger, en alguna recepción o cóctel, abrazaba fraternalmente a Mikael, éste le daba las gracias al cielo por el acuerdo.

Ahora bien, últimamente, a pesar de todo, había empezado a dudar —quizá porque disponía de más tiempo para reflexionar sobre su vida— y a plantearse que tal vez todas esas cosas a las que llamamos acuerdos no siempre lo son.

Todo lo contrario: una parte puede imponer su propia voluntad con cierto despotismo, bajo la apariencia de un acuerdo común, y luego resulta que, no obstante, otra de las partes sufre por mucho que se insista en que no es así. Haciendo un ejercicio de sinceridad, la llamada que le hizo Erika a Greger esa misma noche no había sido recibida con aplausos precisamente. ¿Y quién sabía si en ese instante Greger no permanecía también despierto dando vueltas en su cama?

Mikael se esforzó por pensar en otra cosa. Hubo un momento en el que incluso intentó soñar despierto, lo que no le ayudó mucho, así que al final optó por levantarse, decidido a hacer algo provechoso. ¿Por qué no estudiar un poco más el tema del espionaje industrial? O mejor aún: ¿por qué no esbozar una alternativa de financiación para *Millennium*? Se vistió y se sentó frente al ordenador. Empezó por leer su correo.

Como ya solía ser habitual, la mayoría de los correos eran pura mierda, aunque algunos de ellos lo animaron un poco: había gritos de ánimo por parte de Christer, y Malin, y Andrei Zander, y Harriet Vanger ante la inminente batalla que se iba a librar con el Grupo Serner. A todos les contestó haciendo gala de un espíritu combativo mucho más apasionado que el que en realidad poseía. Luego entró en el archivo de Lisbeth, donde, a decir verdad, no esperaba encontrar nada. Pero de pronto su cara se iluminó: había contes-

tado. Por primera vez en lo que parecía una eternidad había dado señales de vida:

La inteligencia de Balder no es nada artificial. Y la tuya, ¿cómo va últimamente?

¿Y qué pasaría, Blomkvist, si creáramos una máquina que fuera un poco más inteligente que nosotros mismos?

Mikael sonrió y pensó en la última vez que se vieron, en el Kaffebaren de Sankt Paulsgatan, de modo que tardó un poco en caer en la cuenta de que su saludo contenía dos preguntas: la primera en forma de pulla amistosa que, sin duda y por desgracia, era bastante acertada. Lo que había escrito en la revista en esos últimos tiempos no sólo carecía de inteligencia sino también de un genuino valor periodístico. Como tantos otros periodistas, había hecho su trabajo recurriendo a tópicos y a caminos ya trillados. Pero así estaban las cosas, y no tenía sentido seguir dándoles vueltas. La segunda pregunta, sin embargo, ese pequeño enigma, le atraía más; y no porque le interesara especialmente el tema sino porque quería responderle con algo ingenioso.

«Si creáramos una máquina que fuera más inteligente que nosotros mismos —pensó—, ¿qué pasaría?» Se dirigió a la cocina para coger una botella de agua Ramlösa y luego se sentó en la mesa. Del piso de abajo subía el ruido de los ataques de tos de la señora Gerner y, a lo lejos, en el hervidero urbano, aullaba la sirena de una ambulancia en medio de la tormenta. «Pues lo que pasaría —se respondió—, es que tendríamos una máquina que sería capaz de hacer todas las cosas inteligentes que hacemos y un poco más, como

por ejemplo...» Se rio en voz alta cuando cayó en la cuenta del sentido que ella le había dado a la pregunta: una máquina así tendría la capacidad de construir algo que fuera más inteligente todavía, puesto que nosotros fuimos capaces de crear a la máquina. Y entonces ¿qué pasaría?

Pues, evidentemente, que esta nueva máquina, a su vez, también sería capaz de crear algo que fuera mucho más inteligente todavía. Y con la siguiente creación pasaría lo mismo, al igual que con la siguiente, y con la siguiente a la siguiente...; de modo que todas esas máquinas superinteligentes muy pronto mostrarían el mismo interés por el ser humano que el que nosotros mostramos por unos simples ratones de laboratorio. Asistiríamos a una explosión de inteligencia más allá de cualquier posibilidad de control, sería como en las películas de *Matrix*. Mikael sonrió mientras volvía al ordenador para ponerse a escribir:

Si creáramos una máquina así tendríamos un mundo en el que ni siquiera Lisbeth Salander sería tan chula.

Luego se quedó mirando por la ventana —todo lo que la tormenta de nieve le dejaba ver— al tiempo que, de vez en cuando y a través de la puerta abierta, le echaba un vistazo a Erika, que dormía profundamente sin preocuparse por máquinas que fueran más inteligentes que el hombre. Al menos en esos momentos. Después cogió el teléfono.

Le parecía haber oído un clin. En efecto, tenía un mensaje de voz, algo que, sin saber muy bien por qué, le produjo una ligera inquietud. Tal vez porque, aparte de las llamadas de antiguas amantes que se acordaban de él cuando estaban borrachas y querían llevarlo

a la cama, por las noches no solía recibir buenas noticias. Por eso escuchó el mensaje de inmediato. La voz sonaba acelerada:

Mi nombre es Frans Balder. Maleducado por mi parte, desde luego, llamarte a estas horas de la noche. Te pido disculpas. Pero es que mi situación se ha vuelto un poco crítica, al menos así es como la siento. Acabo de enterarme de que querías hablar conmigo, lo que, por cierto, constituye una extraña coincidencia. Hay una serie de asuntos que llevo tiempo deseando compartir con alguien y que creo que te podrían interesar. Por favor, ponte en contacto conmigo en cuanto puedas. Me da la sensación de que el tiempo apremia.

Luego Frans Balder había dejado un número de teléfono y una dirección de correo que Mikael apuntó en el acto para, a continuación, quedarse parado un rato tamborileando con los dedos sobre la mesa de la cocina. Después hizo la llamada.

Frans Balder estaba en la cama, todavía nervioso y asustado, aunque un poco más tranquilo que hacía un rato, pues el coche que se acercaba a su garaje resultó ser el de la policía. Por fin. Los agentes —uno muy alto y otro bastante bajo— rondaban los cuarenta años, lucían el mismo corte de pelo, corto y estiloso, muy a la moda, y mostraban una seguridad en sí mismos algo chulesca. Por lo demás, se comportaban de forma educada y respetuosa, e incluso pidieron disculpas por el retraso.

—Milton Security y Gabriella Grane nos han informado de la situación —explicaron.

Sabían, por lo tanto, que un hombre con gorra y gafas oscuras había estado husmeando por el jardín y que debían estar atentos por si volvía, razón por la cual rechazaron entrar en la cocina para tomarse el té que Balder les ofrecía. Querían controlar el acceso a la casa, algo que a Frans le sonó como una decisión profesional e inteligente. No le dieron una impresión demasiado positiva, aunque tampoco una exageradamente mala. Cogió los números de teléfono de los dos agentes y volvió a acostarse junto a August, que aún dormía acurrucado y con los tapones en los oídos.

Pero, por supuesto, Frans no podía conciliar el sueño. Estaba pendiente de cualquier ruido raro que proviniera de fuera, de modo que acabó por incorporarse en la cama. Debía hacer algo. Si no, se volvería loco. Escuchó los dos mensajes que le habían dejado en el móvil, ambos de Linus Brandell, quien sonaba pertinaz y a la defensiva al mismo tiempo. Frans tuvo que reprimir un deseo inmediato de colgar; no soportaba la matraca que le daba Linus.

Pero al final, a pesar de todo, resultó que decía un par de cosas interesantes: Linus había hablado con Mikael Blomkvist, el de *Millennium*, y ahora éste quería contactar con él. «Mikael Blomkvist», dijo para sus adentros.

«¿Podría ser él mi vía de conexión con el mundo?»

Frans Balder no estaba muy puesto en periodistas suecos, pero a Mikael Blomkvist sí le conocía. Por lo que él sabía, era un tipo que siempre llegaba al fondo de sus historias y que nunca cedía ante presiones externas. No tenía por qué ser la persona más adecuada para ese trabajo, claro; y, además, Frans recordó que en algún sitio había oído otros comentarios menos halagüeños sobre él. Así que se levantó y volvió a llamar

a Gabriella Grane, porque ella sabía todo acerca del panorama mediático de la ciudad, y como le había dicho que iba a pasar la noche en vela...

—Dime, Frans —contestó ella sin rodeos—. Te iba a llamar ahora mismo. Estaba mirando las imágenes de la cámara de vigilancia y he visto al hombre de la gorra que ha entrado en tu jardín. Creo que debemos trasladarte a otro sitio de inmediato.

—Joder, Gabriella, pero si ya están los policías. Se han apostado justo delante de la puerta.

—Bueno, ese tipo no tiene por qué regresar por la puerta principal.

—¿Y por qué iba a regresar? En Milton han dicho que parecía un yonqui.

—Yo no estoy tan segura. Lleva como una especie de caja, puede que algún aparato tecnológico. Creo que debemos ser prudentes y curarnos en salud.

Frans echó una mirada a August, que seguía acostado a su lado.

—No me importa mudarme mañana. Quizá sea lo mejor para mis nervios. Pero esta noche no voy a hacer nada; tus policías me parecen profesionales..., bueno, razonablemente profesionales.

—¿Te vas a poner cabezota otra vez?

—Sí, ésa es mi intención.

—Vale. Me encargaré de que Flinck y Blom se muevan un poco para controlar los alrededores de tu casa.

—Muy bien. Pero no te llamaba por eso. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste, lo de «hazlo público»?

—Bueno..., sí... Aunque quizá no sea muy normal viniendo, como viene, de la policía de seguridad, ¿a que no? Y la verdad es que sigo pensando que no sería una mala idea, pero antes quiero que nos cuentes todo

lo que sabes. Esta historia me está empezando a dar mala espina.

—Pues te lo contaré mañana a primera hora, cuando hayamos descansado un poco. Pero ahora te quería preguntar por Mikael Blomkvist, el de *Millennium*. ¿Qué te parece? ¿Crees que podría hablar con él?

Gabriella se rio.

—Si quieres provocar infartos entre mis compañeros él es, está claro, la persona con quien debes hablar.

—¿Tan poco lo quieren?

—Huyen de él como de la peste. Si Mikael Blomkvist te espera en la puerta de tu casa date por jodido, como dicen por aquí. Todos los de la Säpo, Helena Kraft incluida, te lo desaconsejarían de la forma más tajante.

—Pero te lo estoy preguntando a ti.

—Entonces yo te contesto que bien pensado. Es un periodista cojonudo.

—No obstante, ¿no ha recibido últimamente muchas críticas?

—Sí, muchas. Llevan un tiempo diciendo que está acabado, que no escribe de forma tan positiva y alegre o lo que sea que quieran. Se trata de un reportero de investigación de la vieja escuela y de la mejor clase. ¿Tienes sus datos de contacto?

—Sí, me los pasó mi antiguo ayudante.

—Bien, estupendo. Pero antes de hablar con él tienes que hablar con nosotros, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo, Gabriella. Ahora voy a dormir unas horas.

—Sí, muy bien. Yo seguiré en contacto con Flinck y Blom e iré buscando una casa segura adonde llevarte mañana.

Al colgar intentó relajarse de nuevo. Pero esta vez le resultó igual de imposible que antes. Además, la tormenta le producía pensamientos obsesivos: sentía como si algo malo se estuviera acercando por el mar y fuera a por él; y por mucho que se empeñara en ignorarlo, escuchaba atentamente y en tensión cualquier irregularidad que se produjera en el amplio espectro de sonidos que le rodeaban. Y a medida que pasaban los minutos se le veía más intranquilo y preocupado.

Era cierto que le había prometido a Gabriella hablar con ella primero, pero un momento después ya le parecía que nada podía esperar. Todo eso que llevaba tanto tiempo callando ahora pedía a gritos que se hiciera público, por mucho que él supiera que se trataba de una sensación completamente irracional. Nada podía ser tan urgente. Estaban en mitad de la noche, y a pesar de lo que hubiera dicho Gabriella, hacía mucho que no se encontraba tan seguro; tenía protección policial y un sistema de alarmas de primera clase. Pero daba igual: estaba nervioso e inquieto. Así que sacó el número que Linus le había dado y lo marcó. Por supuesto, Mikael Blomkvist no contestó.

¿Por qué iba a hacerlo? Era muy tarde, demasiado tarde. Frans le dejó un mensaje con una voz un poco forzada, susurrante, para no despertar a August. Luego se levantó y encendió la lámpara de la mesita de noche que había junto a él para echar un rápido vistazo a la librería que quedaba a la derecha de la cama.

Allí había bastantes libros que no tenían nada que ver con su trabajo. Entre distraído y agobiado se puso a hojear una novela de Stephen King, *Cementerio de animales*, lo que dio como resultado que empezara a pensar de forma aún más obsesiva en figuras siniestras

que viajan a través de la noche y la oscuridad y que se quedara allí quieto, delante de la librería, con el volumen entre las manos. Y entonces ocurrió algo. Le invadió un pensamiento, un temor intenso —que a la luz del día despacharía sin duda por tratarse de una tontería, pero que en aquel preciso instante le resultó extremadamente real— y un repentino deseo de hablar con Farah Sharif o, quizá mejor aún, con Los Ángeles, con Steven Warburton, quien, con toda seguridad, estaría despierto. Y mientras consideraba la cuestión y se imaginaba todo tipo de escenarios de lo más espeluznantes contempló el mar, y la noche, y las inquietas nubes que, apresuradas, se abrían camino por el cielo. Entonces sonó el teléfono, como si alguien hubiese escuchado su plegaria. Pero no era ni Farah ni Steven.

—Soy Mikael Blomkvist —dijo una voz—. Querías hablar conmigo.

—Sí. Y te pido disculpas por haberte llamado tan tarde.

—No pasa nada. Estaba despierto, no podía dormir.

—Yo tampoco. ¿Puedes hablar ahora?

—Sí, claro. Por cierto, acabo de contestar a un mensaje de una persona que creo que conocemos los dos. Se llama Salander.

—¿Quién?

—Perdón, tal vez sea un malentendido. Pero me han dicho que la contrataste para que revisara vuestros ordenadores y rastreara una posible intrusión.

Frans se rio.

—¡Uy, Dios mío, menuda chica! Ésa sí que es especial —le contestó—. Pero nunca me llegó a revelar su apellido, a pesar de que nos tratamos durante un tiempo... Supuse que tenía sus motivos, así que jamás

la presioné para que lo hiciera. La conocí en una de mis conferencias en la KTH. No me importa contártelo, y me quedé bastante asombrado. Pero lo que te quería preguntar era... Bueno, en realidad seguro que la idea te parece una locura.

—A veces son las ideas que más me gustan.

—¿Por casualidad te apetecería venir aquí ahora? Significaría mucho para mí. Tengo una historia que creo que es pura dinamita. Te pago el taxi.

—Muy amable, pero siempre cubro mis propios gastos. ¿Por qué hay que tratar ese asunto ahora mismo, en plena noche?

—Porque... —Frans dudó—. Porque tengo la sensación de que el tiempo apremia. Bueno, en realidad es más que una sensación: acabo de enterarme de que existe una amenaza contra mí, y hace poco más de una hora había un hombre husmeando por mi jardín. Si te soy sincero, tengo miedo, y quiero liberarme de toda la información que poseo. Ya no quiero ser la única persona que la conoce.

—Vale.

—¿Vale qué?

—Que voy. Si consigo un taxi.

Frans le dio la dirección y colgó para, acto seguido, llamar a Los Ángeles, al profesor Steven Warburton, con quien estuvo hablando unos veinte o treinta minutos, concentrada e intensamente, por una línea cifrada. Luego se levantó, se puso unos vaqueros y un jersey de cachemir de cuello vuelto, y buscó una botella de Amarone por si Mikael Blomkvist era dado a semejantes placeres. Pero no pasó del umbral de la puerta. De pronto se sobresaltó.

Creyó haber percibido un movimiento, como un rápido revoloteo, y se puso a mirar, nervioso, hacia el

embarcadero. No descubrió nada. Sólo alcanzó a ver el mismo y desolado paisaje, castigado, como antes, por la tormenta. Rechazó aquello como producto de su imaginación y lo atribuyó a su inquieto estado de ánimo. O al menos lo intentó. Luego abandonó el dormitorio y continuó paralelamente al gran ventanal panorámico de camino a la planta alta. Y de nuevo el temor se apoderó de él, lo que provocó que se volviera a toda prisa. En esa ocasión sí divisó algo al fondo de su jardín, junto a la casa de sus vecinos, los Cedervall.

Una figura corría por allí fuera, medio escondiéndose entre los árboles. Y aunque Frans sólo pudo ver a la persona unos instantes, reparó en que se trataba de un hombre corpulento que llevaba mochila y ropa oscura. Avanzaba agachándose, y había algo en su forma de moverse que le daba un aire profesional, como si se hubiera desplazado de esa manera muchas veces, quién sabía si en alguna remota guerra. Había una eficacia y una destreza en sus movimientos que Frans asoció a algo cinematográfico y amedrentador. Quizá por eso tardó unos segundos en sacar su móvil del bolsillo. Intentó recordar cuál de los números que tenía en su lista de llamadas pertenecía a los policías.

No los había introducido en sus contactos, tan sólo los había llamado para que los números quedaran registrados, pero ahora le entró la duda. ¿Qué números eran los suyos? No lo sabía. Con manos temblorosas, probó con uno que se le antojó correcto. Nadie contestó; al menos al principio. Tres, cuatro, cinco tonos sonaron antes de que una voz jadeante contestara:

—Aquí Blom, ¿qué pasa?

—He visto a un hombre correr entre los árboles, junto a la casa del vecino. No sé dónde estará ahora.

Pero podría estar acercándose hacia donde estáis vosotros.

—Vale, vamos a comprobarlo.

—Parecía... —continuó Frans.

—¿Qué?

—No sé... rápido.